



HOMENAJE. Enrique Cano, rodeado de sus seres queridos durante la comida. /ENRIQUE

El veterano Enrique Cano recibe un merecido homenaje en Linares, tras más de seis décadas de trabajo y labrarse un futuro desde su humilde origen

Historia de un viajante

ANDRÉS CÁRDENAS / FOTO: ENRIQUE / LINARES

TENÍA Enrique Cano 14 años cuando su padre le dio unas muestras de un producto para que fuera a venderlo a Mengibar. Su padre quería iniciarlo en la profesión que él tenía: viajante de ultramarinos. Corría el año 1942, en plena postguerra, y el tren que lo iba a llevar a Mengibar tardaría dos horas en un trayecto de poco más de 20 kilómetros. Eran aquellos trenes de asientos de madera tan lentos que podías apearte de él en plena marcha, echar una meada en el campo y subirte otra vez. Pues bien, resultó que a Enrique le dio hambre y lo que tenía más a mano era la muestra de ese producto que llevaba: unos riquísimos bombones de chocolate puro. «Era una caja de doce bombones. Cuando llegué a Mengibar sólo había dos. A pesar de eso no me regañó mi padre ya que hice muy buena venta. Aquellos dos bombones que me quedaron en la caja fueron suficientes para mis propósitos», recuerda Enrique.

Enrique Cano es un hombre al que le cuesta expresar sus verdaderos sentimientos. La suya es una sabiduría que le ha dado una vida exenta de estereotipos. Callado, pulcro y comedido, es de los que se siente a gusto en el anonimato de la vida cotidiana. Es también capaz de aguantar un homenaje a su perso-

na y a su trayectoria profesional sin emitir ni una sola sonrisa, ni un gesto capaz de demostrar que está agradecido. Sin embargo, la procesión la lleva por dentro. Los que lo conocen bien saben que tiene una lombriz de emoción agarrada a su garganta que él trata de asfixiar con el humo de los cigarrillos que fuma. Por que esa es otra, a pesar de sus 76 años y de que los pulmones le funcionan muy por debajo de su capacidad, no deja de encender un cigarrillo tras otro.

Homenaje

Y es que Enrique Cano recibió el

En los años sesenta vender bisutería era una especie de acto de heroísmo

pasado domingo un homenaje por parte de sus trabajadores y de sus hijos. Un homenaje por haber dedicado toda su vida a su trabajo y a su familia. Un homenaje por crear hace 45 años una empresa (Novedades Cano) que vende bisutería en todo el mundo. Un homenaje por ser uno de los empresarios de más reconocido prestigio en Linares y en toda la provincia y al que se han suma-

do la Cámara de Comercio, entidades bancarias y diversos representantes de la vida social y económica de la ciudad de las minas.

La historia de Enrique Cano es la historia de aquellos 'ingenieros de caminos' -que es como se les llamaba irónicamente a los viajantes de comercio- que se han pateado toda España intentando vender sus productos. Enrique nació en Bailén pero tiene su negocio en Linares, ciudad en la que la desarrolló toda su vida profesional, primero como viajante y luego como empresario de artículos de bisutería. Después

desconocido. Pero yo me empeciné y se la vendimos. Luego resultó ser una de las tiendas de más solvencia de Mallorca».

Quincallero

Fue quizás su paso por Mallorca lo que le hizo cambiar de registro y en vez de vender cualquier cosa vendible, se dedicó expresamente al ramo de la bisutería, esos productos que no siendo materiales preciosos se utilizan para el adorno personal. La bisutería, la buena bisutería, según dice, ahora es un buen negocio pero no siempre ha sido así.

Homenaje por ser uno de los empresarios de reconocido prestigio

de aquel viaje a Mengibar vinieron más, muchos más. Se aficionó tanto a aquel trabajo que hasta en la mili -que hizo en Palma de Mallorca- cogió una representación de telas. «Le vendí a los Almacenes San Miguel casi 80.000 pesetas de telas de organdí. En aquella época esa cantidad era muchísimo, tanto que mi padre se asustó y dijo que no podíamos vender tanto a alguien

Ha utilizado para viajar todos los transportes habidos y por haber

En los años sesenta vender bisutería era una especie de acto de heroísmo. La gente o se ponía artículos de oro para aparentar o dar fe de su poderío económico o no se ponía nada. La bisutería estaba despreciada. Hoy se trata de una actividad que mueve una cantidad importante de dinero cuyos productos son muy solicitados a la hora de elegir un regalo. «Me siento muy orgulloso de que me llamen bisuterero. Peor era cuando mi suegra me decía que en realidad lo que era es un quincallero», comenta Enrique con una de sus pocas sonrisas que es capaz de emitir. Novedades Cano cuenta con siete trabajadores en el almacén y otros tantos viajantes que, como hacía Enrique en otros tiempos, se recorren toda España vendiendo sus productos. Lo que empezó siendo una exigua tienda de unos 80 metros cuadrados en la calle Ventura de la Vega se ha convertido en un espacio local desde el que se distribuye bisutería a prácticamente todas las provincias españolas y a un buen número de países extranjeros, de ahí este homenaje. Y él lo agradece, más que con palabras, con el corazón.

14 maletas en un '600'

A. C. LINARES

Enrique Cano ha utilizado prácticamente todos los elementos de transporte habidos y por haber para viajar con sus maletas por toda España para vender sus productos. «Primero fue en burros, donde cargaba las maletas de las muestras. Luego en tren, en autobuses destartados...» Hasta que se compró un 'seiscientos', que le hacía los viajes más llevaderos quizás pero menos emocionantes. «Meter 12 o 14 maletas en un espacio tan exiguo era todo

un espectáculo. Pero así era. El coche quitó muchas incomodidades a los viajeros», dice.

Enrique Cano hizo de su trabajo una sencilla forma de vivir. Detrás de su negocio están hoy sus hijos Enrique y Rosa Mari. «Mi padre ha sido tan apasionado y le gustaba tanto su trabajo, que recuerdo que un día nos llevó a toda la familia a Venecia y lo único que le interesaba era ver tiendas y negocios de bisutería. A él la belleza de Venecia le traía sin cuidado», dice Enrique Cano hijo. El fundador de Nove-

dades Cano tiene un lema de viajante que ha aplicado también a la vida: «los caminos son largos y están llenos de oportunidades, sólo hay que salir a buscarlas». Entre los regalos del homenaje hubo dos cajas de cigarrillos de chocolates. Sus empleados quieren que deje de fumar, aunque saben que tienen la batalla perdida. Y quizás el mejor regalo: las lágrimas de emoción de su esposa, Julia García. Muy frecuentemente las lágrimas son la última sonrisa del amor, que dijo Stendhal.